



La Peste de Azoth (1631)/Nicolas Poussin

Del martillazo a... una trágica marinera Post-cuarentena y nueva normalidad (neoliberal) en Perú

Ramón Pajuelo Teves*

I

Súbitamente, con el 2020 el mundo se vio enfrentado a un enemigo desconocido, pero que en realidad no traía consigo una experiencia completamente nueva en la historia humana: el azote de un virus eventualmente mortal. Durante mucho tiempo, nuestra especie se ha visto expuesta ininidad de veces a brotes de virus, bacterias, diversas enfermedades, epidemias, pestes y un largo etcétera. La novedad fue que el Covid-19 saltó a escena en un momento de singular olvido del pasado riesgoso que siempre ha acompañado a los humanos, en tanto parte de la naturaleza. Tras varios siglos de frenético desarrollo industrial, el siglo XXI parecía representar el momento cumbre de una globalización capitalista que, entre otras cosas, llegó al ex-

tremo de imponer cierta amnesia colectiva global en torno a una evidencia simple y rotunda: al fin y al cabo somos parte de la naturaleza que, sin embargo, seguimos agrediendo. Era cuestión de tiempo que el continuo arrasamiento de ecosistemas frágiles, incrementado durante las últimas décadas por una globalización galopante, desate algún tipo de virus -ni siquiera un ser vivo- capaz de asolar a la humanidad entera. Pudo ocurrir en Wuhan o en cualquier otro sitio del planeta donde la presión humana alcanza niveles ecológicamente intolerables (por ejemplo, sin ir demasiado lejos, en lugares de la Amazonía). El Covid-19 nos ha recordado que ni siquiera todos los avances científicos y tecnológicos pueden sobreponerse a nuestra condición vital básica: los humanos somos y seguiremos siendo una

especie entre muchas otras, cohabitando un planeta cada vez más exhausto.

En un escenario globalizado, la pandemia alcanzó en pocos meses a toda la humanidad, aunque con ritmos de avance y resultados dispares en diversas sociedades. Hasta el momento, no es posible establecer claramente

“El Covid-19 nos ha recordado que ni siquiera todos los avances científicos y tecnológicos pueden sobreponerse a nuestra condición vital básica: los humanos somos y seguiremos siendo una especie entre muchas otras, cohabitando un planeta cada vez más exhausto.”

razones determinantes del mayor o menor nivel de avance del virus. En las sociedades europeas, por ejemplo, con un sistema sanitario similar en promedio, que además se halla entre los mejores del mundo, el grado de afectación resultó muy diferenciado. El ritmo de desplazamiento del virus en el tiempo y territorio, asociado al uso de distintas estrategias de gestión sanitaria pública, así como a particulares factores demográficos, pueden ser vistos como aspectos claves de la variedad de situaciones epidémicas, entre países y al interior de ellos. En sociedades africanas, al menos hasta el momento, el daño causado parece ser mucho menor que el que se temía inicialmente, considerando la extrema pobreza y precariedad social e institucional que siguen exhibiendo diversos países. En América Latina, por el contrario, lo ocurrido en algunas sociedades ha desbordado largamente las predicciones más sombrías. Allí se ubica el caso de Perú, junto a países como México y Brasil, principalmente.

Tras el infierno de la pandemia, habrá mejores condiciones para rastrear adecuadamente las razones de tales diferencias, visibles en grados disímiles de mortalidad y destrucción en unos países y otros. Sin embargo, es claro que en contraste con el origen del virus, los distintos escenarios de emergencia y crisis en los continentes y países, no se asocian a factores naturales, sino más a diferentes realidades de lo social. Así, durante varios meses de sorpresa y angustioso encierro, el trágico avance del coronavirus se ha visto acompañado por la evidencia de enormes brechas sociales, distintos cuadros nacionales e intra-nacionales de riesgo y morbilidad, así como diferentes estrategias, posibilidades y opciones políticas de gestión de la emergencia entre los Estados. Algo resulta común a todos los escenarios, sin embargo, en el conjunto del orbe. El miedo a la muerte frenó en seco el vértigo de indetenible progreso asociado a la globalización. El virus ha desnudado las terribles desigualdades e injusticias del orden global, mostrando el sinsentido de la primacía de un desbocado desarrollo capitalista orientado a continuar la devastación del planeta.

II

En medio de la confusión, en marzo un reporte del Imperial College de Londres trazó una ruta de gestión pública sanitaria que, con más o menos apego, resultó adoptada por la mayor parte de Estados a nivel internacional. La receta consistía en la aplicación de un shock de distanciamiento social obligatorio (cuarentena), seguido por sucesivas acciones de seguimiento, mitigación y control del ritmo variable posterior de la enfermedad. Dicha estrategia





GEC

fue graficada mediante la imagen del martillazo y el baile.¹

Con buenas intenciones, diversos analistas recomendaron ajustes urgentes de las políticas de salud, dirigidos a adecuar las recetas globales a la realidad de los distintos países. Fue así como en plena emergencia, en Perú ganó popularidad la imagen de que no se trataba de aplicar martillazo y baile, sino más bien un martillazo y huayno.² Junto a ello, debíamos pasar a una nueva normalidad o, mejor aún, a una nueva convivencia con plena calidad de los vínculos sociales. En ese sentido, un importante esfuerzo de un grupo de científicos sociales convocados por el MINSA, resultó pionero en rastrear escenarios de riesgo atendiendo a diversos aspectos de la realidad social del país, pero también mostró ingenuidad o simple exceso de optimismo, reflejado en la ilusión de una nueva convivencia como base de refundación nacional republicana, ad portas del bicentenario.³ Con todo, se trató de un aporte que mostró las reales posibilidades de un ente como el MINSA, pues muy pocas de las recomendaciones llegaron a sustentar políticas públicas efectivas. Y no por ausencia de voluntad política, pues el entonces ministro de salud Víctor Zamora, fue quien asumió la riesgosa tarea de diseñar e implementar acciones de emergencia sanitaria en

plena emergencia, trazando el rumbo que el país ha seguido hasta ahora. Puede resultar más provechoso buscar explicaciones en factores tales como la debilidad institucional de larga data en la estructura estatal, o la crítica situación propia de la coyuntura de emergencia.

Lo cierto es que la dilatada y dura cuarentena peruana no llegó a ser reemplazada por el ansiado momento posterior de baile a ritmo de huayno. Lo ocurrido puede graficarse mejor como una trágica marinera: una catástrofe social en la cual, a pesar de los enormes esfuerzos realizados, los peruanos y peruanas, en gran medida, terminaron bailando contra el Covid-19 al ritmo de sus propios pañuelos. Pero además, lo que se ha venido restaurando, tras los despojos de miles de muertes, contagios y una grave crisis social, dista mucho de una nueva normalidad y se encuentra a leguas de algo como una nueva convivencia. Es algo mucho más crudo y doloroso: el reingreso a la normalidad neoliberal, donde cada cual debe seguir bailando su propia marinera (el famoso “sálvese quien pueda”).

“Lo ocurrido puede graficarse mejor como una trágica marinera: una catástrofe social en la cual, a pesar de los enormes esfuerzos realizados, los peruanos y peruanas, en gran medida, terminaron bailando contra el Covid-19 al ritmo de sus propios pañuelos”

III

Perú fue, con conocimiento o no de las recomendaciones del Imperial College por parte de sus autoridades, uno de los países que tempranamente, y con mayor severidad, adoptó la ruta de aplicar una estricta cuarentena desde mediados de marzo del 2020. A la misma debía seguir el baile que hubiese permitido mostrar al mundo, sin dudas ni murmuraciones, que también en el manejo de la pandemia el modelo peruano resultaba plenamente exitoso. Sin embargo, la historia resultó siendo muy distinta. La cuarentena se fue extendiendo en el tiempo, a la par que el Covid-19 avanzaba en el país, desatando catástrofes humanitarias en varios lugares. Así, la medida extrema pero a la vez necesaria, pensada inicialmente para 15 días que corresponden al ciclo de riesgo del virus, tuvo que ser extendida varias veces, sin lograrse el objetivo inicial de frenar en seco a la enfermedad.

Posteriormente el gobierno, sobre todo a través de las alocuciones inicialmente muy entusiastas del presidente Vizcarra, defendió sus medidas con el argumento de que resultaba necesario ganar tiempo para acondicionar al sistema de salud. Efectivamente, la situación calamitosa de la atención de salud del país así lo requería. Pero lo lamentable era la tardanza, sabiéndose desde antes de marzo que el virus iba a llegar de todas maneras. Y más aún, resultaba escandaloso constatar que décadas de crecimiento neoliberal solo se tradujeron en mayor deterioro de la sanidad pública. Justo por ello debe destacarse, a

pesar del fracaso nacional ante el virus, el mérito de haber logrado fortalecer rápidamente la atención de salud: el incremento de camas hospitalarias y de atención en UCI, así como del personal de salud, mostró que muchas cosas podían haberse cambiado con anterioridad al virus.⁴

En plena emergencia, fue ganando espacio el debate respecto a los alcances y posibilidades de las medidas adoptadas. Diversos aspectos de la gestión sanitaria fueron objeto de destapes periodísticos, como el escandaloso sub-registro de muertes denunciado por IDL reporteros,⁵ y que condujo a Perú a un paulatino sinceramiento de cifras que ha mostrado la real dimensión del desastre. Al esfuerzo de la prensa de investigación, se sumó un debate técnico-ideológico sobre aspectos como la utilización de pruebas y el registro estadístico de avance de la epidemia, así como diversos aportes académicos.⁶ A pesar de ello, diversos aspectos críticos de la gestión de la cuarentena –tales como la militarización de la gestión sanitaria mediante los comandos Covid, las dificultades de controlar los flujos migratorios ante la inesperada avalancha de los llamados “caminantes”, o la supresión de la atención primaria de salud y la concentración en la atención de los contagios– no llegaron a generar un debate real, quedándose como simples dudas y murmuraciones. Primó así algo muy distinto a un debate público y abierto respecto a temas centrales de política nacional. Las conferencias de prensa presidenciales no solo fueron perdiendo continuidad y audiencia, sino que perdieron eficacia



Retornantes en la Carretera Central. (GEC / Hugo Curotto)

como medio para el trasvase de información y el debate ciudadano.

Tras bambalinas, resultaba evidente que el ritmo de avance del virus no permitía pestañear ni dejar espacio suficiente a debates imprescindibles en otro contexto. Pero mientras el gobierno continuaba con innegable esfuerzo el combate a la pandemia, otros factores críticos se iban acumulando. Auténticas tragedias humanitarias ocurridas en varias regiones -Loreto y Ucayali en la Amazonía, Piura y Lambayeque en la Costa Norte, Arequipa y Cusco en el Sur, entre otros casos- mostraron el colapso de un sistema de salud debilitado por años de ausencia de inversión y simple desidia. La escasez de oxígeno medicinal, diversos escándalos de corrupción, así como las dificultades de adquisición y manejo de pruebas diagnósticas, mostraron el peso de incompetencias de gestión local, así como las inclemencias del mercado global sobre países como Perú, pobres y periféricos. Finalmente, las dificultades de orden político, reflejadas en sucesivos cambios ministeriales y un creciente enfrentamiento entre Ejecutivo y Legislativo, actuaron como cajas de resonancia que terminaron de estallar en el contexto de post-cuarentena.

Pero no nos adelantemos. El motivo que condujo a las autoridades peruanas a decretar el fin de la cuarentena en la mayor parte del territorio, fue un factor completamente inesperado: el colapso económico asociado a un desborde social que, en la práctica, venía mostrando la imposibilidad de mantener un estricto confinamiento domiciliario en una sociedad con elevados índices de informalidad económica y precariedad social. El antídoto del distanciamiento social, resultaba inaplicable en una sociedad profundamente desestructurada por décadas de vigencia del modelo actual de crecimiento y desarrollo. Sin embargo, a pesar de que diversas voces insistieron en la necesidad de medidas de alivio social urgentes (como un bono efectivamente universal durante al menos un trimestre), el gobierno prefirió aferrarse a una política social focalizada. Además, el problema fue que los bonos de ayuda, dirigidos a los sectores más vulnerables, resultaron inaplicables. Contrariamente a lo esperado, terminaron incrementando el riesgo del contacto social mediante aglomeraciones en lugares como los bancos, sin siquiera llegar a toda la población objetivo (muestra de ello es que recién desde octubre, se tiene planificado iniciar el reparto de un segundo bono, luego de varios meses de un fracaso que revela los abismos entre las políticas sociales neoliberales y la realidad del país).

Así, manteniendo la vigencia del estado de emergencia, y con el virus en pleno avance, a fines de junio se decretó el fin de la cuarentena en la mayor parte del país, a fin de dar paso a un proceso de reactivación económica implementada a duras penas en los meses posteriores. Antes de decretarse el término de la cuarentena, se levantó mucha expectativa en torno a estrictas medidas de seguridad y protocolos sanitarios, así como posibles reformas en sectores como la atención de salud, educación y diversos ámbitos de producción y consumo en el mercado. Sin embargo, el resultado lógico de la abrupta reapertura fue una mayor expansión de la enfermedad. Poco a poco fuimos volviendo a la normalidad de un modelo de sobre-mercado que supe- dita a su lógica todo el funcionamiento de la vida social, asfixiando el rol de lo público colectivo (es decir, de los derechos, la ciudadanía y la acción política dirigida al bien común). Así, Perú trepó a los primeros lugares de las estadísticas de mortalidad y devastación causada por el virus a nivel mundial.⁷ El esfuerzo desplegado fue enorme, pero al fin y al cabo el entusiasmo gubernamental se estrelló con las duras evidencias de la realidad. Resultó mayor la dificultad de superar el empalme de problemas de largo plazo, junto a las inclemencias inmediatas desatadas por la emergencia directamente asociada al virus. Aquí solo podemos enumerar apenas algunos aspectos de ese crítico escenario:

a) Si bien la mayoría de peruanos y peruanas demostró sujeción a la ley, la inmovilidad social obligatoria resultó desbordada por la simple necesidad y pobreza. El trasfondo de ello es que la indudable reducción del número de pobres durante las décadas previas, fue el lado más visible de un panorama que incluyó también una fuerte precarización del ascenso social: amplios sectores estadísticamente considerados por encima de la línea de pobreza, subsisten en condiciones de informalización e inseguridad laboral que, en el contexto de la pandemia, no tardaron en agravar las cosas. Así, el túnel de aislamiento de la cuarentena peruana, terminó actuando como algo parecido a una bomba de tiempo: millones de trabajadores devueltos al desempleo; un número indeterminado de nuevos pobres y pobres extremos;

“El motivo que condujo a las autoridades peruanas a decretar el fin de la cuarentena en la mayor parte del territorio, fue un factor completamente inesperado: el colapso económico asociado a un desborde social que, en la práctica, venía mostrando la imposibilidad de mantener un estricto confinamiento domiciliario”

caminantes desesperados por huir de las ciudades -especialmente de Lima- a fin de retornar a sus hogares; banderas blancas de hambre y clamor de auxilio en barrios y asentamientos humanos; trabajadores de calle (ambulantes) convertidos en blanco de represión policial y municipal; entre otros dramas en vueltos en la espiral del drama sanitario.

b) Ha sido mencionado repetidas veces que la crisis generada por el Covid-19 se asemeja al desastre ocurrido en otros momentos del pasado, como la guerra con Chile del último tercio del siglo XIX. Dicha comparación, sin embargo, obvia un dato central: entonces la bancarrota del Estado resultó total, tanto política como económicamente. Esta vez, en cambio, la situación económica peruana resultaba mucho más holgada que la del promedio de países en la región.

“el resultado lógico de la abrupta reapertura fue una mayor expansión de la enfermedad. Poco a poco fuimos volviendo a la normalidad de un modelo de sobre-mercado que supedita a su lógica todo el funcionamiento de la vida social, asfixiando el rol de lo público colectivo”

que ha ocurrido puede resumirse bajo una imagen simple: buena parte de los recursos públicos han terminado beneficiando a empresas y sectores privilegiados. El Estado, así, ha terminado contribuyendo a restaurar la normalidad del funcionamiento injusto de un modelo claramente orientado al beneficio de exclusivos intereses privados. Ejemplo claro de ello es la disposición de los recursos destinados al otorgamiento de créditos a través de la banca privada. Entretanto, la situación económica crítica posterior a la cuarentena siguió agravándose, teniendo como uno de sus principales ingredientes la reducción de la demanda interna. A pesar de la ingente cantidad de recursos utilizados, se ha generado un círculo vicioso difícil de romper, entre la reducción de ingresos y del consumo, incluyendo la demanda de bienes y servicios indispensables.

c) Aspectos centrales de la gestión de la emergencia, tales como la provisión de camas, especialmente para pacientes con cuadros graves en los momentos de pico de los brotes epidémicos, se han visto limitados por un diseño socio-económico e institucional

que privilegia los intereses privados. Así, la tragedia de muchos ha implicado también la bonanza de unos pocos. Ejemplo de ello ha sido la imposibilidad de sumar a las clínicas privadas a un esfuerzo nacional de combate al virus con fines de bienestar público, por encima del afán de lucro empresarial. Esto muestra cómo, en la situación peruana, rige una clara supeditación legalizada de lo público, como parte de un sistema estructural que cautela principalmente las condiciones vigentes de “libre” mercado monopólico. Así, en plena emergencia, la retórica política y gubernamental, si bien ha logrado poner el dedo en la llaga de aspectos sensibles –tales como la desigualdad, el abandono de servicios públicos básicos, la necesidad de reformas profundas en temas como salud y pensiones- finalmente se estrella con la realidad inamovible de la hegemonía neoliberal. Un ejemplo ilustrativo es el intento de aplicar un impuesto a la riqueza, hecho que inmediatamente causó una división intestina dentro del Ejecutivo, así como la presión de diversos actores influyentes -especialmente la CONFIEP- que lograron frenar dicho intento de reforma tributaria.

d) La crisis política de larga data, acelerada por las urgencias de la epidemia, se incrementó aún más con las distancias entre Ejecutivo y Legislativo. Una serie de temas económicos, así como de políticas sociales y de la ansiada reforma política, estuvieron en el centro de una relación muy tensa. La situación llegó al límite con el destape de audios del entorno presidencial, que mostraron irregularidades vinculadas a temas laborales, así como el intento de ocultamiento de pruebas de los vínculos con el cantante Richard Swing. El suceso, utilizado por algunos grupos del Congreso, estuvo cerca de acabar con la destitución del presidente Vizcarra. La puesta en marcha de un complot denunciado por el gobierno, asoció los intereses de personajes y grupos político-empresariales vinculados a corrupción y malos manejos de la cosa pública. Ello con la obvia complicidad, por silencio u omisión, de otros actores interesados en jalar agua para su propio molino de ganancias políticas o económicas, camino a las próximas elecciones de abril del 2021. Pero los errores y descrédito público de los operadores de la nueva vacancia presidencial, condujo finalmente a la imposibilidad de dicha destitución. La torpeza de última hora del presidente del Congreso, consistente en la realización de llamadas a los altos mandos militares anunciándoles la destitución, permitió desinflar el complot a tiempo, otorgando a Vizcarra una tabla de salvación que le permitió mantenerse en el



Cesar Von Bancel/AFP

poder. El suceso, que incluyó también la participación del Tribunal Constitucional, mostró una vez más la profundidad de la crisis política existente en el país. Una crisis evidenciada en el choque de intereses entre Ejecutivo y Legislativo, el vaciamiento de representación que aqueja a los partidos realmente existentes, así como la debilidad de un régimen sin partido ni presencia parlamentaria, parapetado tras las rejas de Palacio de gobierno.⁸

IV

A inicios de marzo, cuando el presidente Martín Vizcarra anunció la detección del primer caso peruano de coronavirus, y unos días después el conjunto del país comenzó a acatar las severas medidas del llamado “confinamiento social”, nadie imaginaba la dimensión de muerte y destrucción que tendría el impacto del Covid-19 en la sociedad peruana. Transcurridos más de seis meses, el panorama resulta catastrófico. Más de 30,000 muertos y 800,000 contagiados (según cifras oficiales limitadas al uso de pruebas diagnósticas), muestran la tragedia de una crisis múltiple desatada por el impacto de la pandemia en la sociedad peruana. El grave escenario, además del aspecto estrictamente sanitario, muestra el empalme de varios tipos de crisis, que conjuntamente evidencian los límites del modelo de reproducción social, desarrollo y

modernidad estructuralmente asociado a las condiciones de sobre-mercado que han regido en el país durante las últimas décadas.

Resulta innegable que el entusiasmo gubernamental peruano del primer momento, se dio de bruces contra una pandemia que ha evidenciado los límites de una sociedad extremadamente precarizada, producto de tres décadas de neoliberalismo extremo. Así, el desastre del virus terminó concatenando una serie de crisis –de tipo sanitario, económico, social, político, entre otros– que intercalan factores de corto y largo plazo, constituyendo uno de los episodios más dramáticos de la historia nacional. Un ámbito especialmente sensible, como el de la educación, resulta revelador: en educación básica se implementó con mucho esfuerzo y calidad un programa de educación digital (Aprendo en casa), pero pronto los problemas resultaron evidentes. A las dificultades lógicas de la adecuación docente y de los estudiantes al uso de lo digital, se sumaron problemas de acceso a las clases virtuales (escandalosamente, las tablets

“el entusiasmo gubernamental peruano del primer momento, se dio de bruces contra una pandemia que ha evidenciado los límites de una sociedad extremadamente precarizada, producto de tres décadas de neoliberalismo extremo.”

ofrecidas por el gobierno recién comenzarán a distribuirse desde octubre, casi al final del año lectivo) así como una creciente deserción escolar, sobre todo rural y urbano marginal. Igualmente en la educación universitaria, el crítico panorama muestra una fuerte deserción, tanto en universidades públicas como privadas. Se trata de cientos de miles de estudiantes de colegios y universidades, pertenecientes fundamentalmente a familias de origen humilde. Considerando que la educación sigue siendo en Perú un ámbito central de las expectativas de progreso y futuro, el panorama resulta simplemente devastador. El enorme esfuerzo desplegado, simplemente se estrelló ante la dura realidad del país.⁹

En medio de la pandemia, la coyuntura de crisis, que abarca no solo al Estado y otros actores políticos, sino también al conjunto de la sociedad, se ha expresado en una situación paradójica: a pesar de los enormes esfuerzos desplegados para combatir al virus, que pueden verse como un auténtico logro, el país resultó derrotado frente a las características peculiares que adoptó la enfermedad al

ritmo de avance. En Perú, parece más adecuado referirse, al describir el impacto de la pandemia, a varios brotes epidémicos con ritmos diferenciados, y formas de impacto peculiares en diversos territorios y escenarios sociales del país. Las razones del fracaso ante el Covid-19 no se agotan en lo sanitario, y más bien deben buscarse en otros aspectos, de índole política y social.

Bajo el espejismo de tres décadas de crecimiento neoliberal, se incubaba en realidad algo muy distinto a un modelo capaz de sostener la reproducción de una sociedad adecuadamente cohesionada e integrada, con desarrollo efectivo y democrático. El coronavirus ha desnudado, con costos humanamente irreparables, un tipo de estabilidad macroeconómica con pies de barro, que en realidad reproduce severas desigualdades y exclusiones, así como un Estado empresarial capturado por grupos privados de poder que controlan el rumbo de una sociedad carente de formas efectivas de representación política y social. Quizá la gran lección de esta tragedia sea la urgencia de construir opciones realmente alternativas hacia el futuro.

* Investigador del IEP y miembro de *Ojo Zurdo*.

1. Imperial College, *The Global Impact of Covid-19 and Strategies for Mitigation and Suppression*. London: Report 12, march 2020. Disponible en: <https://spiral.imperial.ac.uk:8443/bitstream/10044/1/77735/10/2020-03-26-COVID19-Report-12.pdf>
2. Ragi Burhum, "El martillazo y el huayno". *Medium*, 3 de mayo de 2020. Disponible en: <https://medium.com/@rburhum/el-martillazo-y-el-huayno-278716f49938>
3. Grupo Temático de Ciencias Sociales-MINSA, *Por una nueva convivencia. La sociedad peruana en tiempos del Covid-19: escenarios, propuestas de política y acción pública*. Lima: PUCP, mayo 2020.
4. En marzo, al inicio de la pandemia, Perú tenía unas 800 camas hospitalarias disponibles, y apenas 100 camas UCI (de un total de 276). A inicios de septiembre la realidad era sustancialmente mejor: cerca de 20,000 camas hospitalarias y 1700 camas UCI. Esto muestra la inhumanidad de décadas de abandono institucional en la atención de salud, pero también en otros ámbitos dejados a merced de un perverso sistema de sobre-mercado, en el cual todo se reduce a fines de lucro y lo público ha resultado fagocitado por intereses privados.
5. IDL reporteros, "Los muertos que el gobierno no cuenta". Lima, 28 de abril 2020. Disponible en: <https://www.idl-reporteros.pe/los-muertos-que-el-gobierno-no-cuenta/>
6. Desde la crítica económica vinculada al grupo Hacer Perú, Alfonso de la Torre, Piero Ghezzi y Alonso Segura pusieron en duda el manejo estadístico oficial: "Y ahora que el martillo no chancó, ¿Qué hacemos?". *La República*, 3 de mayo de 2020. Desde las ciencias sociales, una imagen de diversos temas asociados a la experiencia de la cuarentena fueron abordados en: Raúl Asensio (ed.), *Crónica del gran encierro*. Lima: IEP, 2020. Otro aporte interesante fue un libro planteando diversas perspectivas sobre los retos planteados por la epidemia camino al bicentenario: Varios autores, *25 ensayos desde la pandemia para imaginar el Perú bicentenario*. Lima: Proyecto Especial Bicentenario, 2020.
7. A nivel internacional, Perú ocupa el puesto 44 en importancia demográfica, con cerca de 33 millones de habitantes que representan apenas el 0.42% de la población de todo el planeta. A pesar de ello, producto del grave impacto del virus, saltó a los primeros lugares de las estadísticas trágicas de la pandemia: el primer país a nivel mundial en número de fallecimientos por millón de habitantes, y el quinto con la mayor cantidad absoluta de muertos (solo superado por países con mucha mayor población, tales como India, China, Estados Unidos y Brasil).
8. Es clave recordar que el gobierno de Martín Vizcarra fue resultado de la renuncia de Pedro Pablo Kuczynski, ocurrida en marzo de 2018. Posteriormente, en setiembre de 2019 Vizcarra disolvió el Congreso en medio de un fuerte enfrentamiento de poderes, convocando a nuevas elecciones congresales realizadas en enero de 2020. Este nuevo Parlamento fue el que casi termina con su propio mandato.
9. La idea de una sociedad de sobre-mercado se refiere a un orden social sin ningún tipo de límites ante la predominancia de un sentido lucrativo mercantil, que, entre otras cosas, genera una desbocada supremacía de lo privado sobre lo público, de lo individual sobre lo ciudadano, así como el control estatal por intereses empresariales o de otro tipo, legal e ilegal. Perú muestra un caso extremo de sociedad de sobre-mercado, que incluye una lógica mafiosa, ultra individualizada e instrumental de la reproducción social. Vale remarcar, contra lo que se piensa desde la ortodoxia neoliberal y las buenas intenciones de liberales y neo-republicanos, que el problema no es el mercado en sí mismo. Todas las sociedades requieren formas mercantiles de intercambio y consumo. El mercado no es un invento moderno, asociado solamente al orden capitalista, tal como demostraron hace tiempo Karl Polanyi y otros autores en una obra extraordinaria: *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Barcelona: Labor, 1976. La asociación entre mercado y capital, clave en la recusación marxista del orden capitalista, requiere ser objeto de mayor debate y nuevas luces.